

Acreditación por la calidad vs. Universidad para el conflicto y la concordia

Carlos-Enrique Ruiz

*La universidad está hecha para formar
hombres [personas] que discutan.*

J.P. Sartre

Resumen ejecutivo con recurso preliminar

En la singular y excelente conferencia de apertura, el profesor Guillermo Páramo aludió a diálogo que llevamos personas provenientes de alta montaña al aproximarnos a este “mar que Caribe llaman”, tomando como referencia a León de Greiff. El profesor Páramo hizo su aporte al recordar yo aquella metáfora: *Riela en mi alma tu recuerdo/ como la luna sobre el mar*. Sugerencia que me remite ahora al otro gran poeta Li Po, del siglo VIII, quien se arrojó al agua desde su modesta canoa en una noche de luna para atraparla, y después nada más se supo de la vida de Li Po.

Es la misma imagen en los dos grandes poetas: La luna riela y al hacerlo convence y atrae, al igual que para nosotros la noción de Universidad.

La intervención mía, que hago aquí como resumen ejecutivo, tiene una doble connotación problemática: por un lado, me he dado cuenta que suplo la inesperada falta del doctor Jaime Restrepo-Cuartas, a quien no puedo emular por ese vigor de rector que ha sido, ejemplo paradigmático en Colombia. Y, por otra parte, he escrito para la oca-

Primer seminario internacional: Educación superior, calidad y acreditación (Cartagena de Indias, 9 al 12 de julio del 2002.

sión un texto en tres apartados, como notas al margen de lo aquí expuesto por tan distinguidos profesores.

En una primera parte intento desentrañar el sentido esencial del acto de acreditar para sentar la tesis que así se acredite un programa, en este proceder lo que debe buscarse es si la tal universidad en verdad lo es, y en cada paso con sentido de vigencia.

En segundo lugar me ocupo de recordar algunos hitos históricos, selectivos, que reiteran o afinan la noción de Universidad, desde Sócrates, pasando por Bolonia en el siglo XII, luego con Guillermo de Humboldt, con Bertrand Russell y aún con Albert Einstein, hasta referir de qué buena manera esa idea en preservación y desarrollo ha ido aclimatándose en el mundo hispánico, con aquel F. Giner de los Ríos, padre intelectual de los republicanos españoles, con José Ortega y Gasset en su esclarecedor y breve tratado “Misión de la Universidad”. De igual manera refiero lo ocurrido en el “Ateneo de la Juventud” en los albores del siglo XX, de donde salieron la “Universidad Popular” y la fundación con Justo Sierra de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Luego aparece el “Manifiesto de Córdoba” de 1918 donde se consagra que “toda la educación es una larga obra de amor a los que aprenden” y se asigna a los profesores universitarios la tarea de constructores de almas, de verdad, de belleza y de bien.

Por otra parte, también aludo al proyecto de reforma universitaria de Don Germán Arciniegas, el gran maestro de nuestra orden del estudiante de la mesa redonda, presentado al Congreso de Colombia en 1932, con el antecedente, entre otros, de la creación de la Universidad de Chile en 1843 en cabeza de Don Andrés Bello, y de la Universidad Nacional de Colombia en 1868, con el rectorado de Don Manuel Ancízar.

Ese concepto acumulado de Universidad, trato de sintetizarlo de la siguiente manera: La Universidad es una institución forjada en la sociedad, para su servicio, como órgano superior de la Cultura, cúspide en la formación espiritual y ética, con vínculos cada vez más intensos entre investigación y docencia, en ejercicio cabal de la libertad en sus propios fueros, que preside la obra intelectual y moral, como creadora de verdad, de belleza y de bien, a la vez que de pensamiento crítico independiente, bajo características de creciente complejidad. O como lo ha dicho el profesor

Alvaro Pineda-Botero, Vicerrector Académico de la Universidad EAFIT, la Universidad es el reducto del pensamiento crítico.

Y en tercer término aludo, en el documento entregado, a las condiciones actuales de Colombia con dos referencias centrales: El signo bélico que nos aflige, y el llamado por una misión de urgencia que debe cumplir la Universidad en el momento actual, ante todo la estatal o pública.

Concluyo allí, de igual modo que comencé ahora, con otro simbolismo, en este caso de Jorge-Luis Borges, cuando aludió a la existencia de un universo sin espacio, por ejemplo un universo hecho de conciencias, de almas, de música y de palabras, referentes que rielan como en los poetas del comienzo, atraen y cautivan como símbolo de la idea de Universidad.

Entonces en esa meditación que intento hilar en el referido escrito bajo el título “Acreditación por la calidad vs. Universidad para el conflicto y la concordia”, lo que quiero significar es que acreditar es mirar a las fuentes sin perderle el hilo al meandro, donde algo maravilloso de civilización riel y atrapa: la Universidad.

La disertación

Acreditar, en el sentido léxico, identifica las cualidades y logros que permiten el reconocimiento que da reputación, por la confianza que despierte aquello a lo que se alude. Si se trata de Universidad, tendrá que haber un proceso que implique el conocimiento real para poderla reconocer de esa manera, lo que no es otra cosa que considerarle su calidad, la que a su vez refiere a algo consecutivo por reconocerse, que conduzca a valorar lo que se es, para compartir y hacer creíble ese conocimiento.

La Universidad, entonces, entra a ser comparada con otras para reconocerle sus cualidades como logros, con referentes superiores, en función del servicio que le presta a la sociedad, en tanto esas cualidades puedan ser identificadas y compartidas. Se tratará de procesos hacia la *excelencia*, figura quizá inalcanzable, sin dejarse distraer en el facilismo, antes por el contrario fijando retos cada vez mayores como en especie de *elogio a la dificultad*, sin perder la perspectiva histórica.

Mi planteamiento en este comentario apunta a hacer notar la falta de un aspecto sustantivo en los procesos de acreditación, como lo es la identifi-

cación de un hilo histórico, progresivo, como sustento de la Universidad en su desempeño actual, en concordancia con la responsabilidad que le asiste de profundizar en la comprensión de ese acervo histórico, y de preservarlo. ¿Hasta qué punto la institución que se evalúa corresponde a una consecuencia histórica regional, nacional, continental y universal en términos de la noción esencial que debe conllevar en su ejercicio de vida diaria? La respuesta a este interrogante debiera ser motivo sustancial de la acreditación, la que sería promulgada como reconocimiento de su existencia en términos de práctica del sentido. Y no sólo por los enunciados de la “Misión”, tan parecidos todos y tan retóricos casi siempre.

A Sócrates y a Platón se debe ese sentido que la Universidad sigue invocando hoy, como posibilidad permanente de la *investigación por la verdad*, incorporado en el proceder *dialéctico* como método de conversación, de controversia, hasta alcanzar la verdad por la vitalidad y dinámica del debate, a la manera de diálogo constructivo.

Bueno es recordar que “ante todo tiene que educarse [el ser humano] para la conciencia de responsabilidad” (E. Spranger, 1922). Y “tenemos que habernos hecho fuertes y firmes aprendiendo en las grandes creaciones del pasado.../ No basta conocer hechos y dirigirlos técnicamente; hay que tener encima de sí valores a los que se adscribe uno. Todo auténtico ideal de cultura es al mismo tiempo una profesión de un sentido de la vida” (Spranger, 1925)

La Universidad es institución cuasi-milenaria que sigue reposando sobre principios fundamentales que vienen desde Bolonia en el siglo XII, como lo son: 1) La libertad académica de pensamiento, de conciencia, de estudio, de investigación, de meditación y de expresión, para maestros y discípulos; 2) El respeto absoluto e incondicional de los valores intelectuales y científicos como criterio fundamental para la elección de los maestros, y 3) El esfuerzo de superación y provisión adecuada y liberal de los medios de estudio e investigación necesarios al progreso de la ciencia y la cultura.

La historia ha seguido cargada de acontecimientos casi siempre sobrecogedores, y me propongo a continuación, de manera selectiva, referir algunos hitos en la modelación del ejercicio cabal de la noción de Universidad, con alusiones en el mundo hispánico, los que en mi parecer

no deben desconocerse, en mayor grado cuando se trata de procesos rigurosos de acreditación.

Guillermo de Humboldt en 1810 concibió la Universidad como “altos planteles científicos” considerándola en cuatro aspectos esenciales: 1) Cúspide para la cultura moral; 2) La ciencia en el sentido más profundo y amplio; 3) Utilización de la ciencia como material de la formación espiritual y moral; 4) Clara separación entre los planteles superiores y las escuelas prácticas. Y le asigna al estado tres responsabilidades: 1) Proporcionar los medios materiales; 2) Cuidar por la fuerza y variedad espirituales del cuerpo docente; 3) Garantizar la libertad de su labor. (R.P. Atcon, 1966)

El discurso de instalación de la Universidad de Chile, en 1843, Andrés Bello lo comienza diciendo que “La universidad no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si... el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso...”, en referencia a mentes oscurantistas de la época que no se descartan también hoy. De igual modo trata el tema de la teoría y la práctica con el llamado a *eleva el entendimiento a los puntos culminantes de la ciencia*, y dice que “La universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego”.

En 1868 se creó la Universidad Nacional de Colombia con Manuel Ancízar como su primer rector regular, un *espíritu tolerante que creía y practicaba con mayor consecuencia que sus contemporáneos el libre examen y el pensamiento crítico*, al decir del historiador Jaime Jaramillo-Uribe, carácter que se le imprimió a la universidad por excelencia del estado colombiano desde su origen. Ancízar congregó en la Universidad a *la élite científica e intelectual* que disponía el país para la época, según también información de Jaramillo-Uribe. En la reforma universitaria de 1935 apareció en Colombia el concepto de *universidad como complejo de investigación y docencia* (Id.). Característica de universidad pública o estatal que ha sido reconocida en tiempos más recientes en su ejercicio como *crítica, popular, de excelencia académica, democrática y autónoma* (M. Palacios, 1986)

En el manifiesto de los estudiantes de Córdoba (Argentina, 1918) se establece que “si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y

el que aprende, toda enseñanza es hostil y de consiguiente infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a los que aprenden... En adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien.” Identificación que pudiera calificarse de romántica, pero por ello no menos provechosa.

Ortega y Gasset, heredero de la *Institución Libre de Enseñanza* de F. Giner de los Ríos, en su “Misión de la Universidad” (1930), le adjudica tres funciones: transmisión de la cultura, enseñanza de las profesiones y educación de nuevos hombres de ciencia. Funciones que se complementan hoy con la *formación de ciudadanos*.

Bertrand Russell en 1931 ve en la Universidad dos funciones esenciales: educar para determinadas profesiones, y fomentar la cultura y la investigación sin tomar en cuenta la utilidad inmediata.

En 1932 Germán Arciniegas presentó ante el Congreso de Colombia un ambicioso proyecto de reforma, para conseguir una organización universitaria modernizada que influyera sobre el Estado mismo, y para que la ciencia y la técnica tuviesen su oportunidad y su aplicación. “La Universidad, en el sentido contemporáneo del vocablo -dice-, no puede producirse si no ha ocurrido esta labor previa [el proceso que haya ido seleccionando un cierto número de esfuerzos aislados que trabajan en favor de la cultura], si no existe ya un ambiente de cultura, si no hay grupos formados de amigos del saber que hayan hecho de esta amistad la disciplina de su vida.”

Por su parte Albert Einstein, en 1936, advierte que su papel debe estar en el desarrollo de la capacidad general para el pensamiento y el juicio independientes... El joven debe salir de la Universidad -dice- con una mentalidad armónica y no como un especialista, y de manera central con capacidad de pensamiento crítico independiente.

Francisco Romero, en 1943, la concibió como “el órgano superior de la cultura”, bajo la característica de ser “la sede de la síntesis cultural”

Germán W. Rama, de quien se publicó en 1970 el estudio sobre el sistema universitario en Colombia, invitó a repensar la división de carreras intermedias, largas y de postgrado, con el propósito de configurar un sistema de *enseñanza continua*, con salidas al mercado del trabajo en distintos

niveles y reingresos para la ampliación y perfeccionamiento de los conocimientos. Asimismo reclamó de la Universidad “un compromiso con la transformación de la sociedad”.

El debatido “Informe Bricall o Universidad 2000”, despertó desde España la inquietud sobre cómo ha de ser la Universidad en los años venideros y si está preparada para responder a las necesidades y retos que los países deben enfrentar, a la vez que introdujo el llamado por la revisión y la *acreditación* permanentes de los programas o carreras, la redefinición de títulos, la modificación del concepto de crédito privilegiando más el tipo y la calidad del trabajo que al número de horas, la acreditación en los profesores del conocimiento de métodos pedagógicos y de nuevas tecnologías, entre otros importantes aspectos.

Con este recuento selectivo, riesgoso por supuesto, trato de señalar una línea aunque sinuosa con puntos dominantes en la concepción de Universidad, en términos de síntesis y de expresión superior en la sociedad, con compromisos éticos y políticos, sin desvirtuar su potestad de generar conocimientos, con plena independencia, encaminados a resolver problemas que afligen a la gente en su tiempo, o que puedan avizorarlos.

Como comprensión integradora, pudiera decirse que en aquellos términos la Universidad es una institución forjada en la sociedad, para su servicio, como órgano superior de la cultura, cúspide de la formación espiritual y ética, con vínculos cada vez más intensos entre investigación y docencia, en ejercicio cabal de la libertad en sus propios fueros, que preside la obra intelectual y moral, como creadora de verdad, de belleza y de bien, a la vez que de pensamiento crítico independiente.

Por otra parte, hay que decir que la situación colombiana no puede ser más problemática, llena de dificultades y restricciones, que obstaculizan en alto grado los procesos de mejoramiento continuo en las instituciones educativas y culturales, como es el caso de la Universidad. El historiador Marco Palacios identificó ya en 1988 la situación nacional en “un proceso creciente de envilecimiento de la vida humana y de la libertad individual”, e hizo llamado a la intelectualidad (la “cultura culta”) para “postular [desde la educación pública] una tabla de valores conforme a la realidad que exige mayor dignificación de la persona humana, mediante la igualdad de oportunidades.”

Luis Jorge Garay (2002) en los “talleres del milenio” como propósito de repensar a Colombia, evidencia como necesidad ineludible en los centros de la educación universitaria tres aspectos: 1) Enseñanza centrada en los fundamentos, 2) Formación de profesionales basada en la creación, con énfasis en equipos transdisciplinarios, y 3) Institucionalización de comunidades académicas sólidas, con la formación de profesorado más calificado y preparado para la investigación.

Rodolfo Llinás llamó a su vez la atención, en sus trabajos para la “Misión de ciencia, educación y desarrollo” (1994), sobre la manera como “el futuro de nuestra civilización se decidirá, no con base en la guerra, como ha sucedido anteriormente, sino con base en la competitividad para la invención.”

Comienza a ser, entonces, una voz generalizada la prioridad de la educación en inversiones, ampliación de cobertura y cuidado con la calidad. A tal grado, que se urge por incorporar, en Colombia, medio millón de personas en cinco años a la educación post-secundaria, e incrementar, en igual lapso, la educación universitaria en un 50%. *Hay que hacer un esfuerzo monumental para generar mucha educación*, se ha dicho. Se anota, de igual manera, que *el conocimiento y el emprendimiento pueden transformar la economía y la sociedad*. (J.L. Londoño, 2001).

Con el panorama anterior, y para subrayar lo crucial de re-encontrar o recuperar el sentido de Universidad en los procesos de acreditación, paso a referir algunas meditaciones, un tanto sueltas o desgarbadas, sobre la universidad en las condiciones actuales, y en sus desempeños de ambición en los agitados días que transitamos. Meditaciones que hago como pensando en voz alta. Un intento especulativo para reforzar también la idea de incorporar a la *acreditación* el estimado de un panorama que debe valorarse y ponderarse para generar procesos de *mejoramiento continuo*, con soporte en la noción que queremos reivindicar, sin dogmatismos ni fáciles encasillamientos, como un querer ser colectivo.

La Universidad, entreveo, es una isla circunscrita por la desgracia, limitada tan solo por la imaginación y exigida de súplica por las gentes que ansían un futuro mejor para sus hijos, sus nietos, sus vecinos más pequeños. Pero una isla muy singular, no alejada de tierra continental más que por el campo de sus preocupaciones de vida diaria, entre la conversación

sabrosa en pasillos, plazuelas y cafeterías, y los devaneos entrecortados de preocupante silencio en las aulas y los laboratorios. En unos y otros lugares, los profesores y los alumnos tendrán la opción de expresar lo que el corazón exige y lo que la mente implora, en una continua confrontación entre razón y sentimientos, para preponderancia muchas veces de la parte meramente instintiva.

Sin embargo, en ese lugar un tanto insólito, todavía hoy en pie después de mil años de intentos, herederos como somos de la tradición universal y también de la más cercana, los temas de indagación pululan, para ser acogidos con método bajo la forma de investigaciones que puedan dar luz a los problemas que nos asedian, en todos los frentes. Los de la vida diaria, que tocan con la simple sobrevivencia del ciudadano, el de las calles, o el del campo, o el que transita de uno a otro lugar sin encontrar sitio propio, bajo la angustia del mañana en el que habrá de despertar sin alternativa a mano.

Por eso digo que la Universidad se me aparece a mi como un delirio frente a tantos y tantos problemas por resolver, en los que ella ni siquiera tiene cabida por razón de causa, o por indebida intromisión.

La Universidad irrumpió en la humanidad para forjar conductas, maneras de ser, responsabilidades, generar conocimientos como razón central, facilitar promociones sociales, afianzar poderes y aún suplantarlos..., en últimas como expresión suprema de la sociedad desde donde se la mire, se la advierta y se le insuflen observaciones, cuestionamientos, procederes... para que la sociedad misma respire mejor, camine, de ser posible, un tanto segura y se aventure a enfrentar las incógnitas de períodos que siguen; así, al pasar el tiempo, la Universidad no pueda recoger frutos que le satisfagan en esa inquietante vida que la mantiene en vilo buscando sentido para sus propios procederes.

Nuestro mundo universitario es variopinto, conformado por una comunidad dispar de estudiantes y profesores, con una carga burocrática a la vez gozosa y sufridora que le da esplendidez de trópico a los terrenos del pensamiento y las elaboraciones. Lejos estamos de parecernos a aquellos campus investidos de historia que imponen solemnidad a los rostros; los nuestros son lugar para el conjuro, la conspiración, el “tropel”, el bagaje de las insolencias, por donde transitan las apariciones de talentos más

sobrecogedores, que producen resultados para mostrar y envidiar en los más exigentes ambientes académicos de cualquier parte en el mundo.

Bien distante estamos de la normalización en vida y en proceder, tanto en la sociedad como en la institución universitaria. Y por fortuna nos encontramos lejos, muy lejos, de la meta, suponiendo que ésta pudiese existir.

La vida en nuestras universidades, ante todo las estatales o públicas, transcurre en ebullición continua; nunca sabemos qué pasará en la tarde, cuando la mañana es tranquila, y si al día siguiente el clima dará para el descubrimiento de los poetas, músicos, pintores, cuenteros y demás artistas noveles al aire libre, leyendo o ejecutando sus insolencias maravillosas y agitando banderas recién descubiertas como si apenas hubiesen existido ahora por el milagro del ser que cada uno lleva y construye.

Hay ciclos, si es que puede hablarse en términos de alguna forma de regularización, oscilaciones más bien que llevan a temporadas de calma reflexiva y a momentos de agite provocados por los acontecimientos que circundan la isla, y la asedian sin dar tregua. Relaciones amorosas de conflicto continuo entre lo que ella, la Universidad, intenta ser a cada momento, y ese mar circundante, donde está inmersa, que es la sociedad, una denominación también escurridiza, de configuración plástica.

La Universidad hoy tiene más vida que nunca. En ella se construyen normas que con rapidez entran en desuso, o en desacato, y de pronto aparecen dirigentes, al igual que leyes y decretos, que tratan de encuadrarla en un ámbito de normatividad para intentar poner en cauce rectilíneo lo que de suyo es de configuración topológica, y aún más, meándrica, más próximo su desenvolvimiento a la ley de Baer o a la anécdota del te ejemplificada de manera gráfica por Einstein.

Intento apenas una aproximación yendo de carrera tras los acontecimientos que desbordan a cualquier interpretación que pretenda aportar un modelo para predecir lo que sigue.

La Universidad colombiana, en este tiempo de confusión y de confrontación guerrera, tiene que pensarse a sí misma, bajo la comprensión de gozar todavía de prestigio en la sociedad, quizá una de las dos instituciones todavía con credibilidad entre las gentes, a lo mejor porque les es algo

distante, como un imposible que se le admira sin saberse si se puede llegar a ella. Las familias anhelan que sus hijos vayan a la universidad algún día con el fin de formarse para el trabajo, reservándose la duda sobre el después, aun cuando bien pocos lo logran. Las generaciones se suceden por los claustros, y la Universidad va acumulando experiencias de vida que se traducen en un potencial mayor de sus profesores y del conjunto de la comunidad académica.

No tenemos todavía el talante sosegado como sociedad ni como colectivo privilegiado de académicos, para mirar en perspectiva lo ocurrido en nuestras propias historias de institución, y nos prestamos con inmoderada ligereza a las interpretaciones banales, llegando a ser incluso verdugos de nuestros propios fueros. La visión serenamente crítica, y más deseable la autocrítica, no nos acompaña con la frecuencia deseada, como posibilidad de ir construyendo un derrotero de interpretación acumulativa, donde los retrocesos puedan tener lugar, pero como oportunidades de avanzar construyendo camino, casi siempre abriéndolo entre titubeos y tropiezos aleccionadores, una especie de experimentación por el método de prueba y error.

A pesar de tantas limitaciones ambientales, de clima laboral, de atmósfera para la investigación y la extensión fructífera en la comunidad, la Universidad es un campo privilegiado, espléndido, que supone la concepción de isla que he querido delinear aquí, no como terreno excluyente, sin el cual la sociedad estaría más limitada en sus opciones de desarrollo, más despojada de justicia y de libertad.

La Universidad se me asoma como aquella señal siempre encendida que pregona la negativa rotunda a los dogmas y a los poderes, con búsqueda incesante de verdades que se nos antojan huidizas, pero por las cuales vale la pena seguir luchando con el ánimo incendiada de inquietudes que vamos, unos con otros, delineando con métodos también continuamente ajustables, para la mejor comprensión y para el avance más rápido con resultados que puedan llevarle a la comunidad respuestas para las vidas, y para la permanente exploración por el sentido, y por la oportunidad de goce, de disfrute a compartir.

Más que ocuparme de definir la Universidad, encasillándola en principios y en prontuarios, apelo a esta forma a su vez esquiva de aproximarme

a ella, con la seguridad de ser un motivo central de muchas vidas, que hierven, se desesperan, y entre jaleo y jaleo se consiguen avances.

Lo más seguro que tengo con respecto a la Universidad, es que ella es algo así como epicentro para las inquietudes más diversas, para la continua controversia, para los compromisos más encontrados, pero también para los acuerdos, conciliaciones y reconciliaciones más sólidas, con las que pueda contar la sociedad, aunque muchas de ellas no son explícitas. Pero me queda la incógnita de si serán la educación y la cultura capaces de contener los síntomas de barbarie que afloran con el más cruel dramatismo en el mundo contemporáneo. Es de confiar que será la única vía, acelerar un poco el desarrollo del cerebro, por la educación, el arte, la cultura, el humanismo, el que al parecer se encuentra todavía en etapa incipiente, muy a pesar de los asombrosos avances que vemos a veces con estupor en ciencia y tecnología. Así como la humanidad creó la guerra, ella misma tendrá que inventarse la PAZ, de una vez y por siempre.

La guerra es un tema de la vida diaria en Colombia y el mundo. No sabemos cómo enfrentarla o afrontarla, por ejemplo, desde la Universidad. O a lo mejor nos da miedo pensar que pueda haber alternativas distintas a la guerra misma. Fácil es resolver una cosa con la misma cosa. De entenderas fuertes ha de ser romper el esquema y proceder a resolver una cosa con otra cosa muy distinta.

Hay que repetir una y otra vez que la guerra es un terrible invento de la humanidad, bajo ese esquema simplista de resolver guerra con guerra. Pero a la humanidad le corresponderá también inventar la paz, la coexistencia, la práctica del respeto al derecho ajeno. ¿Y cuándo llegará ese invento tan enunciado? Los *chips* hacen carrera descomunal y tienen aplicaciones hasta en terrenos que comienzan a mencionarse, como por ejemplo sustituir la comunicación verbal por otra inalámbrica de *chip* a *chip*, de persona a máquina, instalado para el primero en el cerebro. Sería como la generalización del principio misterioso de la telepatía con capacidad de mando hacia los objetos, es decir, la era del *hombre biónico*. Con esto se irá demostrando una vez más que la ciencia y la técnica tienen desarrollos inusitados, pero no acontece igual con la persona humana, en su formación de comportamientos éticos y estéticos. El desfase cada vez mayor, ocasiona rupturas incesantes, conflictos interpersonales, enemistades en familias

y grupos, conmociones, guerras. Y en las guerras se prueban en general los adelantos de ciencia y técnica, con un desparpajo que raya en la incompreensión y la barbarie.

Y vuelvo a un punto de antes: ¿Cuál deberá ser el papel de la Universidad, si bien ésta sigue teniendo alto prestigio social, con respetabilidad? Pero todavía no comprendemos su real significado. No tomamos conciencia, para actuar en concordancia. Si la institución universitaria puede ser acatada, porque se le respeta, entonces de ella debieran salir planteamientos y directrices para la comunidad, resultado también de la generación de conocimientos que al ser puestos en práctica, beneficien los distintos niveles de producción y de consumo de bienes. El conocimiento tiene una exigencia mayor que el determinado por los objetos que resultaren de procesos de investigación. La defensa de la vida y la protección del medio natural, son aspectos sustanciales de atención ineludible, así como el desarrollo de comunidad, donde las personas puedan interactuar con creatividad y placidez, sin necesidad de desgarrarse entre sí.

En la vida diaria de la Universidad deben introducirse prácticas continuas e intensas de diálogo entre profesores, de estos con los alumnos, también entre los alumnos, de unos y otros de manera indistinta, pero con la convicción de armar cuentos en común, historias compartibles, propósitos que puedan elaborarse y asumirse de conjunto. La Universidad, además de ejercitar conocimientos, tiene que proponerse disciplinas que puedan reunir a personas de distintos programas, o con criterio de inter, multi y transdisciplina.

El método está inventado: el trabajo de *seminario*, con temas de continua recurrencia, que convoquen a la comunidad universitaria por grupos y que sean abordados a un ritmo sostenido, y con relatorías que registren los avances, con un selecto equipo de académicos que tenga la capacidad de entresacar lo preponderante y de propiciar su publicación y difusión a los más amplios niveles, para que la gente se beneficie de los logros, para que lleguen las señales que se manden a la comunidad. Señales que refuercen la urgencia de coexistir, sin detrimento del trabajo fecundo, en lo múltiple y complejo.

En la Universidad deberíamos reflexionar sobre la resistencia civil contra la guerra y contra la violencia: asumir compromisos que abran compuertas

para resolver una cosa con otra cosa, y no con la misma, como suele ocurrir. Si el magno problema que nos aflige es deliberado en la conciencia de la sociedad que es, que debiera ser la Universidad, entonces podríamos tener algunos pasitos adelante, con el propósito de desatar el nudo en que estamos.

En medio del escepticismo generalizado, de la sinsalida en la que parecemos encontrarnos como país, inculquemos desde la Universidad más que un llamado categórico, el trabajo metódico, sistémico, de congregar para el libre examen y de compartir resultados como llamados de urgencia.

Una forma simbólica, y porqué no también práctica de rescatar la vida intensa de Universidad podrá ser acudiendo a la sugestiva interpretación de Jorge-Luis Borges, cuando aludió a la existencia de un *universo sin espacio*, por ejemplo uno *hecho de conciencias, de almas, de música y de palabras*, a quien le resultaba imposible concebir un universo sin tiempo y eterno. (J.L.B., 1985)

He ahí el más claro llamado a la esfera o estadio de trabajo que puede ser la Universidad, un sitio privilegiado donde se perciban aún los dardos del universo y de la sociedad, pero que en ella se aliente ese conjunto integrado por *conciencias, almas, música y palabras*. De esta concepción pudiera salir el mejor ejercicio de ella, alumbrando el tortuoso camino de la sociedad, que la reclama comprometida y actuante.

Por todo lo anterior, he querido significar que acreditar es mirar a las fuentes sin perderle el hilo al meandro.

